

dos años en su país. María se había instalado con él en el barrio de Recouvrance, esperando su casita de Toulven, que iban levantando con mucha lentitud, con paredes espesas y sólidas, á la antigua usanza.

La mujer de Ives había acogido como una bendición de Dios mi regreso inesperado, porque mi presencia en Brest, cerca de ellos, la tranquilizaba mucho.

¡ Ives se había hecho muy juicioso; así, sencillamente, de pronto, sin que se supiese qué circunstancias decisivas habían operado aquel cambio; costaba mucho trabajo creerlo! María me hablaba de esa felicidad presente con miedo; aludía á ella como á esas cosas mudables, fugitivas, que teme uno desvanecer con sólo nombrarlas.

LXXVIII

Un día, el demonio del alcohol tornó á pasar por su calle. Ives volvió á su casa con aquella mirada mala é insegura que tanto asustaba á María.

Era un domingo de Octubre. Llegaba de á bordo donde, según decía, había sido castigado injustamente; Ives se había fugado de su pri-

sión. Parecía furioso; el cuello azul completamente desgarrado, la camisa del todo abierta.

María intentó hablarle con dulzura, quiso calmarle. Era precisamente un día hermoso. Hacía un tiempo de fin de otoño, que tiene cierta melancolía apacible, parecida al último descanso antes del invierno. Habíase engalanado María con su falda hermosa y su gola bordada; había puesto á Periquillo los trapitos de cristianar, esperando que saldrían los tres á tomar aquel sol hermoso y templado. Por la calle pasaban numerosas parejas con sus trajes del domingo, que se dirigían á los caminos ó á los buques, lo mismo que en primavera.

Pero no, nada importaba todo eso; Ives había ya pronunciado las horribles palabras de sus momentos de bestia: « Me voy á buscar á mis amigos. » Se había concluído.

Entonces, conociendo que su cabeza se desvanecía por el dolor, la pobre María quiso intentar un recurso supremo; mientras Ives miraba á la calle, había cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave, que guardó en el justillo. Pero Ives, que comprendió lo que María acababa de hacer, comenzó á decirle, baja la cabeza y sombríos los ojos: « Abre, abre... ¿ No me oyes? Te digo que abras. »

Intentó sacudir la puerta... algo le impedía romperla... cosa que habría podido hacer fácilmente. Pero no; Ives quería que su mujer, que la había cerrado, viniese ella misma á abrirla. Y daba vueltas en el cuarto como animal salvaje, repitiendo siempre :

— ¡Abre! ¿Me oyes? ¡Te digo que me abras!

De la calle subían á la estancia los alegres ruidos del domingo. Las mujeres, con sus cofias inmensas, pasaban del brazo de sus amantes ó de sus maridos. El sol puro de otoño los alumbraba con su luz tranquila.

Ives pateaba y seguía diciendo en voz muy baja : « Abre... ; te digo que me abras! »

Era la primera vez que María intentaba detenerle por fuerza ; comprendía que aquella tentativa saldría mal, y comenzaba á tener un miedo horrible. Sin mirar á su marido, María se había arrodillado en un rincón del cuarto y rezaba en voz alta y muy de prisa, como loca. Parecía que se aproximaba un momento terrible, y que lo que sucedería ahora iba á ser más espantoso que cuanto antes había ocurrido. Periquillo, de pie, abría mucho sus ojazos negros y profundos ; no sabía de qué, pero también tenía miedo.

— ¿Conque no? ¿No quieres abrirme la

puerta? ¡Ah! Yo la arrancaré... Ya verás.

Una sacudida hizo temblar el pavimento ; oyóse después un ruido sordo y horrible. Ives había caído al suelo cuan largo era. El agarrador por donde había querido coger la puerta había quedado entre sus manos, arrancado de cuajo, y entonces había caído violentamente hacia atrás, sobre su hijo, cuya cabecita había chocado con uno de los morillos de la chimenea...

¡Ah!... Se verificó entonces un cambio repentino. María dejó de rezar ; se levantó, dilatados y feroces los ojos, para arrancar su hijo de las manos de Ives, que quería levantarle. Periquillo había caído sin gritar, sobrecogido al ser golpeado por su padre ; corría sangre por su frente, y no decía nada. María, estrechándole siempre contra su pecho, sacó la llave del justillo y abrió de par en par la puerta. Ives la contemplaba, asustado á su vez. María retrocedió y le dijo gritando : « ¡Vete, vete, vete! »

¡Pobre Ives!... Ahora vacilaba y procuraba comprender lo ocurrido. Ya no quería aquella salida que se le presentaba ahora ; tenía un vago presentimiento de que franquear aquel umbral tendría consecuencias funestas. Después, aquella sangre que veía en el rostro de su hijo y en su golita... Sí, Ives comprendía, quería acercarse á

María y á su hijo. Pasaba la mano por la frente conociendo que estaba ebrio, y realizando esfuerzos grandísimos para explicarse lo que sucedía... Pero no, no podía; no comprendía nada; el alcohol, los amigos que le esperaban abajo... No sabía más. María continuaba repitiendo: « ¡Vete, vete, vete! »

Ives entonces dió media vuelta, salió á la escalera y partió.

LXXIX

— ¡Calle! ¿Es usted, Kermadec?

— Sí, señor Kerjeán.

— ¿Y para embarcarse?

— Sí, señor Kerjeán.

— Pues creía yo que se había usted casado. Alguien de Paimpol, el bueno de Lisbate, si no me equivoco, me contó que era usted padre de familia.

Ives se encogió de hombros con aire de indiferencia, y dijo:

— Si necesita usted gente, señor Kerjeán, me convendría embarcarme con usted.

No era la primera vez que este capitán Kerjeán contrataba á los desertores. Comprendió en

seguida. Sabía cómo se les toma y después cómo se les lleva. Su barco, *La Bella Rosa*, que navegaba con bandera americana, salía al día siguiente para California. Ives le convenía. Era una adquisición excelente para su negocio.

Aisláronse ambos para bosquejar, en voz baja, su contrato bilateral.

Esto sucedía en el puerto del Comercio dos días después de haber salido Ives de su casa.

La víspera había ido á Recouvance, rozando con las paredes, para adquirir, sin ser visto, noticias de su hijo. Habíale visto, desde lejos, con la frente vendada y mirando pasar la gente asomado á la ventana. Entonces, suficientemente tranquilizado, había retrocedido para buscar á sus amigos: aún le duraba la borrachera.

Aquella mañana, al nacer el día, había despertado Ives sobre un cobertizo del muelle, donde sus amigos le habían acostado. La borrachera había pasado por completo. Seguía el mismo tiempo fresco y puro de Octubre; los objetos conservaban su aspecto de siempre, como si nada ocurriera; Ives pensó con enterrecimiento en su hijo y en María, pronto á levantarse para ir en su busca y pedirles perdón. Necesitó pensar un momento para acor-

darse de todo y comprender que estaba perdido para siempre.

¿Volver á su lado ahora? ¡Oh! Nunca. ¡Qué vergüenza!

Por otra parte, el haberse escapado del buque tenía ya señalado grave castigo; el haber permanecido como desertor tres días... aquello no tenía ya remedio. Adoptar aún las mismas resoluciones mil veces tomadas; hacer otra vez las mismas promesas; pronunciar de nuevo las mismas palabras de arrepentimiento... ¡Oh! ¡No! ¡Basta, basta! Pensar en esto le hacía sonreír sombríamente de compasión y de asco.

Además, su mujer le había dicho ¡vete! ¡vete!... Ives lo recordaba bien, como recordaba la mirada de odio que le lanzó María cuando le señalaba la puerta. No importaba que lo hubiese merecido; Ives habituado á ser en su casa dueño y señor, nunca podría perdonar aquello. María le había arrojado de casa; corriente: él había partido, seguiría su suerte... y su mujer no volvería á verle.

Esta reincidencia, esta nueva caída era para el pobre Ives más odiosa y más repugnante después del hermoso pasado de paz honrada, durante el cual había comprendido y adivinado una vida más elevada y más digna; esta recaída en

la abyección parecía algo de fatal y decisivo. Advirtió entonces que estaba cubierto de polvo, de barro, de desperdicios inmundos, y comenzó á limpiarse levantando la cabeza que, poco á poco, adquirió al despertar expresión desdenosa y dura.

¡Haber caído como un bruto sobre su hijo y haberle herido hasta en su pobre frentecita! Él mismo se consideraba un miserable muy repulsivo.

Rompía las paredes de una caja que vió inmediata á él, y á media voz, después de hacer dirigido una mirada instintiva para cerciorarse de que estaba solo, se dirigió á sí mismo las más odiosas injurias del vocabulario de los marineros.

Ahora estaba de pie, con su aspecto altivo y antipático.

¡Desertar! ¡Si algún barco pudiera llevarle en seguida! No debe de ser difícil hallar uno; justamente había muchísimos aquellos días en los muelles. ¡Oh! sí, sí; desertar á toda costa; desertar para no volver nunca.

La determinación había sido tomada con una voluntad implacable. Dirigíase hacia los barcos erguido, con la cabeza alta, con la tenacidad bretona pintada en los ojos medio cerrados y en sus fruncidas cejas.

— Nada valgo, se decía á sí mismo; lo sé, lo sabía: han debido dejarme solo. He hecho cuando he podido; pero soy de este modo, y no tengo la culpa.

Acaso tenía razón: *no era suya la culpa.*

En aquel momento era irresponsable; cedía á influencias lejanas y misteriosas que llevaba en su misma sangre. Padeecía la ley de la herencia de una familia y de una raza.

LXXX

Á las dos de aquel mismo día, después de cerrado el trato, compró Ives las ropas de miembro de la marina mercante, y después de haber cambiado clandestinamente de traje en una taberna del muelle, subió á bordo de *La Bella Rosa*.

Se puso á recorrer el barco, que le pareció casi desmantelado; tenía aspecto de rudeza salvaje; parecía, sin embargo, sólido y fuerte, labrado para la carrera y para los peligros del mar.

Comparado con los buques de guerra, aquél era pequeño, corto y, sobre todo, vacío; parecía abandonado, casi nadie había á bordo; aun en el anclaje esta soledad oprimía el corazón. Tres

ó cuatro truhanes había allí, paseando sobre el puente, que parecían toda la tripulación y que iban á ser los únicos compañeros de Ives, quizás por muchos años.

Comenzaron por mirarse unos á otros antes de hablarse.

Todo el día persistió el mismo hermoso tiempo templado y tranquilo, esta especie de verano melancólico de fin de estación que inspiraba recogimiento. La calma recordaba á Ives lo irrevocable de su resolución. Le enseñaron su armario; pero Ives no tenía casi nada que poner en el tal armario. Lavóse bien con agua fresca y se arregló con cierta coquetería el traje nuevo; ya no era la librea del Estado, que tantas veces le había parecido parda; sentíase libre, desligado de todos sus antiguos lazos, casi tanto como lo estaría por la muerte. Obstinábase en gozar de su independencia.

La Bella Rosa debía partir á la marea de la mañana siguiente.

Ives preveía de lejos la vida de mar que comenzaba de la manera que tanto tiempo había deseado. Muchos años hacía que estaba persiguiéndole constantemente este pensamiento de desertar; ahora el pensamiento se había realizado. El haber adoptado esta resolución le

elevaba á sus propios ojos; el hallarse fuera de la ley le engrandecía; ahora que era desertor no se avergonzaba de volver á presentarse á María, y él mismo se decía que tendría el valor necesario para ir á su casa aquella noche antes de partir á los mares para llevarle el dinero que había tomado.

En ciertos momentos, cuando el semblante de su Periquillo pasaba ante sus ojos, el corazón se le desgarraba horriblemente; aquel barco silencioso y vacío le causaba el mismo efecto de un ataúd en que él mismo, vivo todavía, hubiera venido á encerrarse; se ahogaba; una ola de lágrimas intentaba salir del corazón á los ojos; pero él con su voluntad la comprimía y pensaba en otra cosa; rápidamente se ponía á charlar con sus nuevos camaradas. Hablaban de la manera de maniobrar con tan poca gente ó del juego de las grandes poleas que habían sido colocadas por todas partes para suplir los brazos de los hombres y que, en su opinión, hacían muy pesado el aparejo de *La Bella Rosa*.

Bien entrada la noche Ives fué á Recouvrance y subió sin hacer ruido hasta la puerta de su casa.

Escuchó un poco antes de abrir; nada se oía; Ives penetró tímidamente.

Encima de la mesa había una lámpara encendida. Periquillo estaba solo y dormido. Ives se inclinó hacia aquella cuna de mimbres que parecía el nido de un pajarillo y puso sus labios muy suavemente sobre los de su hijo para sentir una vez más aquella respiración dulce; después se sentó próximo á la cuna y permaneció tranquilo, á fin de recobrar la serenidad para cuando regresara María.

LXXXI

María le había visto venir, y temblorosa había subido detrás de su marido.

En aquellos dos días había tenido tiempo suficiente para mirar de frente todos los aspectos de la desgracia.

No había querido ir á preguntar á otros marineros, como suelen hacer algunas pobres mujeres de desertores, si Ives había vuelto á bordo. Nada sabía de su marido, y esperaba aperecida para todo.

Acaso no volviese; aun para esto, como para lo demás, estaba preparada María; se asombraba ella misma de pensar en esto con tanta serenidad. En este caso, su determinación estaba

tomada; nunca volvería á Toulven, para no ver su pobre casita comenzada, para no oír todos los días á sus padres maldecir el nombre de Ives. No; allá abajo, en la comarca de Goëlo, vivía una anciana muy parecida á Ives, y cuya fisonomía tomaba en los recuerdos de María Kermadec infinita dulzura. Llamaría á la puerta de aquella anciana. Ésta sería indulgente para con Ives, porque era su madre. Ambas podrían hablar sin odio del ausente; allí vivirían las dos abandonadas, juntas, y cuidarían del pobre Periquillo, reuniendo los esfuerzos de las dos para conservarle, para evitar, al menos, que fuera marino.

Además, creía que si alguna vez, acaso transcurridos muchos años, Ives, desertor, quería acercarse á los suyos, sería allí, en aquel apartado rincón de la tierra, en Plouherzel, donde buscaría su reposo.

María, durante la noche anterior, había soñado la vuelta de Ives: ocurría esto muchos años después; María misma estaba ya vieja. Ives llegaba á su choza de Plouherzel de noche, viejo también, muy cambiado, miserable... y pedía perdón. Detrás de Ives habían entrado Goulven y Gildas, sus hermanos, y *otro Ives*, más alto que todos ellos, con la cabellera del todo blanca,

y que arrastraba con sus piernas franjas inmensas de ovas y de algas marinas. La anciana los recibía con su mirada dura, y preguntaba con voz sombría:

— ¿Cómo es que todos estáis aquí? Mi marido debió de morir en el mar hace ya más de sesenta años. Goulven está en América... Gildas en su nicho del cementerio... ¿Cómo es que estáis todos aquí?

María entonces habíase despertado sobrecogida por el terror, comprendiendo que estaba rodeada de muertos...

Pero aquella noche Ives tornaba vivo y joven; María reconoció en la calle su talle erguido y su paso firme. Al pensar que iba á verle y que su suerte iba á decidirse, todo su valor y todos sus proyectos habíanla abandonado. Temblaba cada vez más al subir la escalera. Acaso Ives habría pasado dos días á bordo y regresaba como de costumbre, y todo iba á tener sencillo arreglo, como otras veces. Deteníase la pobre en cada peldaño para pedir á Dios, en rapidísima oración, que fuese verdad esto.

Cuando María abrió la puerta, Ives estaba allí, en efecto, sentado cerca de la mesa y contemplando á su hijo dormido.

El pobre Periquillo dormía con un sueño apa-

cible y tranquilo; aún llevaba en la frente la venda que le cubría el sitio donde el morillo de la chimenea le había herido.

En el momento de entrar, pálida, latiéndole el corazón tan violentamente, que le hacía daño, conoció que Ives no había bebido alcohol; había dirigido hacia ella los ojos, y su mirada era clara; después los había bajado de prisa y continuaba inclinado hacia su hijo.

— ¿Se lastimó mucho? preguntó á media voz, lentamente, y con una tranquilidad que sorprendía y hacía daño.

— No; fui á buscar al médico para que lo curase. El médico dijo que no le quedaría señal alguna. Él ni siquiera ha llorado.

Después permanecieron allí, mudos, uno enfrente de otro; él, sentado cerca de lo cuna; ella, de pie, pálida y temblorosa. No se aborreían; acaso se amaban aún; pero ahora la irreparable estaba hecho, era ya demasiado tarde. María miraba el traje de Ives, que nunca le había visto: una blusa de lana negra y un gorro de lienzo. ¿Qué significaba aquel traje? ¿Y qué contenía aquel paquete, cerca de Ives, en el suelo, y de donde salía una punta del cuello azul? Aquel paquete parecía contener los vestidos de marinero, abandonados para

siempre, como si el verdadero Ives estuviese muerto.

María se atrevió á preguntar:

— ¿Volviste á bordo el otro día?

— No.

Nuevo silencio. María se sentía á cada momento más angustiada.

— En estos tres días, ¿no has vuelto á bordo, Ives?

— No.

María entonces no tuvo valor para seguir hablando, temerosa de comprender algo terrible; queriendo detener los minutos, esos minutos llenos de angustias y de incertidumbres, pero en los que él estaba allí todavía, acaso por última vez, á su lado.

Al fin, la pregunta terrible brotó de sus labios:

— Entonces, ¿qué piensas hacer?

— Desertar.

¡Desertar! Sí, sí, era lo mismo que María había adivinado al ver las nuevas vestiduras de Ives y su traje de marinero cuidadosamente doblado y envuelto en un pañuelo.

María retrocedió abrumada por el peso de aquella palabra hasta apoyarse, con las manos colocadas detrás, en la pared; parecía que se alejaba. ¡Desertor Ives! ¡Perdido!

En su cerebro pasaba el recuerdo de Goulven, su hermano, y la idea de los mares lejanos, de donde los marineros no vuelven nunca. Y como la pobre mujer reconocía su impotencia contra aquella voluntad que la aplastaba, quedó anonadada.

Ives le hablaba muy bajo, con calma sombría, señalando el paquete de sus efectos, que había dejado en el suelo :

— Toma, mi pobre y querida María; mañana, cuando mi barco haya partido, devuelves esto en seguida; ya comprendes... ¡Quién sabe! si voy preso, siempre es más grave llevarse estos efectos que pertenecen á la nación. Ahora, aquí tienes el dinero que me han adelantado de mi sueldo... Regresaréis á Toulven... ¡Oh! Yo te enviaré dinero desde allá abajo, todo lo que gane; ya comprendes, yo poco he de necesitar. No volveremos á vernos; pero tú no serás demasiado desdichada mientras yo viva.

Ella, la infeliz, quería rodearle con sus brazos, detenerle con toda su fuerza; luchar, agarrarse á él cuando quisiera marcharse, dejarse arrastrar antes por las escaleras, y hasta por las calles... Pero no; había algo que la impedía hacer esto : primeramente, el convencimiento de que sería inútil todo; después su dignidad, allí, delante de

su hijo dormido... María permaneció apoyada en la pared, inmóvil y muda.

Ives había dejado cerca de él, en la mesa, doscientos francos en monedas de plata. Eran sus sueldos adelantados; todo cuanto le quedaba después de pagado su pobre vestido de marino mercante. Miraba á María con una mirada profunda, muy dulce, y enjugaba en su manga de lana las lágrimas que corrían por sus mejillas. Pero aquello era cuanto tenía que decirle. Llegaba el instante supremo. Se inclinó una vez más, la última, sobre la cuna de su hijo; después enderezó su cuerpo y se levantó para partir.

LXXXII

¡El mar del coral! — ¡Es en los antípodas de nuestro antiguo Continente! Nada más que lo azul inmenso. Alrededor del buque que se desliza dulcemente, el mar infinito despliega un círculo perfecto. La extensión brilla y refleja bajo el eterno sol.

Allí está Ives, solo, mecido muy arriba, en el aire, por la ligera brisa que hace oscilar su gavia.

Mira sin ver el círculo ilimitado del horizonte : está como fatigado de espacio y de luz. Su ojos atónitos se detienen al acaso, porque todo es igual por todas partes.

Por todas partes es igual todo : es el gran esplendor inconsciente y ciego de las cosas que los hombres creen hechas para ellos. Por la superficie de las aguas corren soplos vivificantes que nadie respira; el calor y la luz están esparcidos sin medida; todas las fuentes de la vida están abiertas sobre las silenciosas soledades del mar y las hacen resplandecer de un modo peregrino.

La extensión brilla y reluce bajo un sol constante. Los grandes resplandores de mediodía caen en ese desierto con una magnificencia perdida é inútil.

En este momento Ives cree distinguir, allá, lejos, un objeto menos azul, y concentra en él su atención, extraviada poco antes en aquella brillante y serena monotonía; es, sin' duda, el mar que se rompe en islas desconocidas y á flor de agua, que en ninguna carta han aparecido nunca indicadas.

¡Cuán lejos esta Bretaña!... ¡Y los senderos verdes de Toulven!... ¡Y su hijo! Ives ha salido de su meditación; mira, con la mano extendida

encima de los ojos, aquella línea que blanquea siempre.

No tiene trazas de desertor, porque aún lleva el gran cuello azul de los marineros. Ahora ya ha visto bien lo que llamaba su atención, é inclinandose en el vacío, grita para los que están abajo : *¡arrecifes á babor!*

No; Ives no ha desertado, porque el barco en que navega es el *Primauguet*, de la marina de guerra.

No ha desertado, porque continúa cerca de mí; y cuando él ha anunciado desde arriba la proximidad de los arrecifes, soy yo quien sube á la gavia en que él está, para reconocerlos.

En Brest, aquel día de triste recuerdo en que quiso abandonarnos, le vi pasar, como desertor, llevando sus efectos de marinero doblados y empaquetados en un pañuelo; yo le seguí desde lejos hasta Recouvrance. Dejé subir á María; después subí yo. Ives, al salir, me encontró en la puerta para impedirle el paso, con los brazos extendidos, lo mismo que en otra ocasión en Toulven. Pero en esta ocasión no se trataba, como entonces, de oponerse á un capricho pueril, sino de entablar con mi hermano una lucha suprema.

Esta lucha fué larga y empeñada; momentos

hubo en que advertía que me abandonaban las fuerzas, y estuve á punto de dejarle en manos del destino cruel que le arrebatava.

De pronto, su resistencia cesó bruscamente; mi pobre hermano comenzó á derramar copiosas lágrimas; lágrimas que necesitaban salir desde hacía muchas horas, y que no podían salir porque los ojos de Ives eran refractarios á esta debilidad. Pusímosle entonces en las rodillas á Periquillo, que acababa de despertarse. Periquillo no le guardaba rencor. Rodeó con sus bracitos el cuello de su padre, y el pobre Ives concluyó por decirme :

— Corriente, hermano mio; haré lo que usted me diga que debo hacer. Pero no importa el cómo; usted ve que estoy perdido.

Graves eran, en efecto, las circunstancias, y yo mismo no sabía qué determinación tomar; ¡una especie de rebelión, haber huído de á bordo estando castigado, un quebrantamiento de condena y tres días de ausencia!... Pensé en decirles, después de haberles hecho abrazarse : « Huid ambos; huid los tres, queridos amigos, porque es ya tarde para hacer otra cosa. Que Ives parta, desde luego, en su *Bella Rosa*; después os reuniréis en América. »

Pero no; aquello era demasiado horrible;

¡abandonar para siempre el país de Bretaña, la casita de Toulven y á los pobres padres ancianos y achacosos!

Entonces, asustado de la responsabilidad que sobre mí echaba, resolví, sin embargo, lo contrario : devolver aquella tarde misma el anticipo cobrado al capitán Kerjeán, y al día siguiente por la mañana, apenas se abriese el puerto, poner á Ives á disposición de la autoridad marítima. Días muy penosos habian seguido á esta resolución, días de gestiones y de esperanzas; al cabo, con mucha benevolencia, las cosas se habían arreglado del modo siguiente : un mes de prisión y seis meses de suspensión de empleo y sueldo de contramaestre. Ives volvió á ser simple marinero y á tener la paga de antes.

He aquí cómo mi pobre Ives, embarcado de nuevo conmigo en el *Primauguet*, se hallaba en su gavia, gaviero como antes y trabajando lo mismo que antiguamente.

Él y yo, de pie sobre la verga de mesana, con el cuerpo inclinado hacia fuera, en el vacío, con la una mano extendida delante de los ojos y la otra asida á las cuerdas, registrábamos ambos el fondo de las resplandecientes soleadas azules, examinando aquellas rompientes que blanqueaban; su continuo ruido semejaba

sonido lejano de órgano de iglesia en medio del mar silencioso.

Era efectivamente una isla de coral, que ningún navegante había señalado; habíase elevado lentamente desde las profundidades; durante siglos y siglos había empujado con paciencia sus ramos de piedra; aún no era más que una corona inmensa de espumas blancas que producía, en medio de la solemne calma del mar, un ruido de cosa viviente, una especie de mugido constante y misterioso.

Por los demás lados la extensión azul era uniforme, profunda, infinita; se podía continuar el viaje. — Has ganado *la doble*, hermano, dije á Ives. — Quería yo decir doble ración de vino en la comida de la tripulación. Á bordo esta doble ración de vino es siempre la recompensa de los marineros que anuncian primero tierra ó peligro; también de los que, sin ayuda de lazos, cogen una rata, ó de los que se visten más primorosamente que los otros para la inspección del domingo.

Ives se sonrió; pero como quien de pronto recuerda algo triste, me dijo:

— Ya sabe usted que ahora el vino y yo... Pero eso no importa; me lo dan, y mis compañeros de mesa lo beben.

Efectivamente; desde que había derribado á su hijo contra el morillo de la chimenea, Ives sólo bebía agua. Había jurado sobre aquella cabecita herida hacerlo así; aquel había sido el primer juramento solemne de su vida.

Hablando estábamos los dos allá arriba, respirando aquel aire virgen, puro, saludable, en medio de las velas ligeramente henchidas, muy blancas bajo los rayos del sol, cuando oímos de pronto un silbido que partía de abajo, silbido particular que significaba: « El jefe de la gavia de mesana que baje inmediatamente. » El jefe de la gavia de mesana era Ives; bajó de cuatro en cuatro los escalones para saber lo que le querían. El segundo comandante le esperaba en su cámara; yo sabía el motivo de esta llamada.

En aquellos mares lejanos y tranquilos por los que á la sazón navegábamos, todos los marineros andan un poco embrollados en lo relativo á estaciones, meses, días... La noción de las divisiones convencionales se pierde para ellos en aquella monotonía del tiempo.

En efecto; el verano, el invierno... no pueden ser distinguidos por ellos en aquellos climas tan completamente distintos del suyo. Ni los objetos de la Naturaleza vienen en su auxilio para indicarles nada; siempre el agua ilimi-

tada, siempre el barco; en la primavera nada reverdece.

Ives había vuelto á comenzar, sin pena, su existencia de otros tiempos, sus costumbres de gaviero, su vida en la gavia, casi desnudo, al sol y al viento, con su cuchillo y sus amarras. No había contado los días, porque todos eran iguales, confundiéndose por la regularidad de los *cuartos*, por la alternativa de un sol siempre ardiente y de unas noches siempre puras. Había aceptado este tiempo de castigo sin medirle.

Pero los seis meses de la pena impuesta terminaban en aquel día, y el comandante debía darle orden de volver á tomar sus galones, su pito de plata y su autoridad de contramaestre. El jefe le dió la noticia amistosamente y con un buen apretón de manos; porque Ives, mientras había durado su castigo, se había conducido como verdadero modelo de valor y de disciplina; ninguna gavia estuvo nunca tan admirablemente servida como la suya.

Ives volvió adonde yo estaba y, muy regocijado, me dijo: — ¿Por qué no me había usted dicho que era hoy?

Habiánle prometido que si continuaba conduciéndose bien, su castigo se daría por completo al olvido. Decididamente el juramento solemne,

hecho sobre la cabeza vendada de su hijo, al terminar aquella noche terrible, le valía más de lo que él mismo había esperado.

LXXXIII

En la tarde del mismo día, hállase en mi cámara Ives, que trabaja, y trabaja de prisa, para poner, antes de que anochezca, los galones de sus mangas. Siempre parece extraño Ives, con su aire de truhán, cuando se dedica á la costura.

No son muy hermosos, que digamos, sus vestidos: los pobres han servido mucho. Al partir de Brest no era rico, y para no aumentar la *merma* de su paga, no había querido tomar muchas prendas en el almacén. Pero están muy limpias y tan bien cosidas y arregladas, que pueden pasar; los galones nuevos dan á la ropa cierto aire de frescura y de juventud.

Por otra parte, Ives tiene muy buen aspecto con cualquier cosa; y como á bordo no se engalana uno demasiado, sin ropa podrá tirar hasta la terminación de esta campaña. En cuanto á dinero, Ives no lo tiene; casi ha llegado á olvidar su uso y su valor, cosa que sucede con mucha frecuencia á los marinos. Porque él ha facultado